

Blasco Ibáñez, el hombre del día en N. York
(*El Imparcial* [Puerto Rico], 24-11-1919)

Vicente Blasco Ibáñez, el celebrado novelista español, cuyas obras han obtenido una intensa e inesperada acogida en los Estados Unidos, se propone estar en aquel país por espacio de cinco a seis meses, durante cuya temporada dice que tiene en proyecto estudiar la vida americana en todos sus aspectos, para hacer uso de ella en algunas de sus producciones novelescas futuras.

Dice que tiene en la mente cuatro libros, en uno de los cuales figurarán los Estados Unidos.

Blasco Ibáñez fue entrevistado al desembarcar y cayó sobre él una lluvia de preguntas que le retuvieron, sin poderse mover, desde las 3 de la tarde hasta las 6.20, en su departamento del hotel Belmont, donde se encuentra hospedado. El teléfono de su cuarto fue asaltado con un incesante cúmulo de invitaciones para almuerzos, *luncheones*, comidas, cenas y recepciones, a las cuales él tendrá que asistir por orden alfabético, si desea dar cumplimiento a todas.

Blasco Ibáñez no habla inglés, pero por medio de un intérprete ha podido responder a una corriente impetuosa de preguntas acerca de cómo él escribe, dónde obtuvo su educación, cómo le agradan los Estados Unidos, quiénes son sus autores favoritos; cuántas horas trabaja en cada obra, qué tiempo le echa a la gran guerra social que él augura y que dice ha de estallar en toda Europa en un futuro cercano; cuántos miles de palabras constituyen un día bien aprovechado sobre el trabajo; qué piensa él de su popularidad adquirida en los Estados Unidos y qué impresión le hizo el primer fulgor del cielo americano a sus pupilas. La única pregunta que dijo dejaba sin responder era la que se refería a su modo de pensar acerca de la mujer americana. Porque esta la dejaba para contestarla más después.

Blasco Ibáñez dijo que su novela *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* la había escrito en cuatro meses, en momentos que le había sustraído a sus ocupaciones oficiales para colaborar en sus crónicas semanales acerca de la guerra y dirigir la propaganda aliadófila por todo Sudamérica, en su calidad de agente pagado por el Gobierno francés. Añadió que había trabajado 18 horas al día durante la guerra.

La apariencia del connotado novelista es de un vigor físico admirable. Es de estatura mediana, más baja que alta; grueso y pesado, sin que parezca ridículo. Cuando llegó, se hallaba vestido con un flus modesto, luciendo una sortija en el nudo de la corbata y dos sortijas más en la mano izquierda, una

con sello y la otra con un zafiro. Cualquiera que no le conociera pudo haberle tomado por un importador comercial de mucho dinero.

El novelista ha dicho que se propone visitar todos los sitios más visibles del país y después desea ir a Cuba. Cuando se le preguntó sobre lo que pensaba acerca de la popularidad que sus obras habían adquirido en los Estados Unidos, contestó:

—Ese hecho me sorprendió a mí grandemente. Yo ignoro lo que indujo a que tal ocurriera. Yo me siento feliz con que mis obras hayan hecho esa impresión en este país, más que en cualquiera de las naciones reaccionarias o monárquicas existentes.

Preguntado sobre si el interés público hacia él no le dificultaría el estudio que se proponía hacer del pueblo americano, respondió:

—Yo no aspiro a escribir una novela americana que realmente presente tales como son al hombre americano y la mujer americana. Sí haré uso de las escenas que ante mis ojos se desarrollen en las ciudades, en el campo, en las multitudes de personas que pueblan esta nación y en todo lo demás de igual índole que a mi paso encuentre. Pero no atentaré sobre la psicología de los habitantes de esta nación.

Ya he podido ver muchas cosas que son muy hermosas en este país. Esta ciudad me tuvo el parecido de una ciudad de gigantes, según iba entrando en su puerto.

Los rascacielos me parecieron soberbios, inmensos, y más que eso, la bahía, el puerto, con su multitud de embarcaciones... todo es tremendo. Cuando yo me daba cuenta de todo, cuando me imaginaba que todo este colosal trabajo era obra de los hombres, yo me sentía orgulloso de ser un hombre también. Yo he visto todos los grandes puertos del mundo; pero ninguno me ha hecho la impresión de este, con el que ninguno se puede comparar.

Interrogado sobre cuál de los escritores americanos le interesaba más, respondió:

—Edgar Allan Poe. Yo tengo una inmensa admiración por él. En poesía, Walt Whitman. Entre los escritores actuales, Edith Wharton, Upton Sinclair y otros.

Blasco Ibáñez hizo saber que muchos de los personajes creados por él, eran puras invenciones; algunas veces él combina tres personajes vivientes para sacar de los tres, uno; otras veces divide un solo personaje entre tres caracteres. Dijo que él era el primer individuo del elemento civil que había ido al frente de batalla del Marne, donde vio las escenas que él describe en *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. La novela se le ocurrió a él en diciembre

de 1914 y la elaboró en su imaginación por espacio de un año antes de empezarla a escribir.

Dice que el escribir una novela es lo mismo que escalar una montaña. Es muy arduo llegar a la cima y duro el poderse detener cuando uno viene descendiendo. Hasta cerca del final él ha trabajado 30 horas, sin descansar solo para comer. Él pensaba que cada hora sería la última, pero al llegar esta seguía adelante sin parar.

Blasco Ibáñez dice que escribe con pluma. No puede imaginarse cómo hay quien use maquinilla o eche mano del dictado para elucubrar.

—Uno puede —prosigue— dictar un discurso en público, o algo parecido; pero nadie podría dictar una novela. Una novela tiene que escribirla uno mismo. Nadie será capaz de escribir ni una poesía, ni una novela, en maquinilla.

Blasco Ibáñez asegura que la guerra social en Europa, que él juzga inevitable, habrá de ser, sin duda alguna, más terrible que la gran guerra; porque, además de desarrollarse batallas en las líneas de fuego con los instrumentos científicos que la guerra ha proporcionado para la defensa y el ataque, la lucha se desarrollará entre clases, entre los de arriba y los de abajo, entre el patrono y el asalariado, en todas las ciudades, villas, campos y países.

De los Estados Unidos añadió:

—Los Estados Unidos tienen un gobierno perfecto hasta donde los límites de la humana perfección lo consienten. Es un gobierno progresista y va curándose de sus propios defectos. En el Viejo Mundo, en las monarquías, los defectos llegan a convertirse en instituciones y con el tiempo se hace necesario rebelarse para echarlas abajo.